

La victoria de Bush, Fallujah, y el reto de la derecha republicana al Movimiento Global por la Paz

Walden Bello*

* *Director Ejecutivo
de Focus
on the Global South
y profesor de Sociología
y Administración Pública
en la Universidad
de Filipinas.*

*Traducción: Florencia Enghel
Revisión técnica: José Seoane*

¿Un bloque hegemónico?

Aunque sigue habiendo creíbles denuncias de fraude, particularmente en el recuento de votos en el estado de Ohio, la mayor parte de Estados Unidos –incluyendo al Partido Demócrata– ha reconocido que George W. Bush ha sido reelecto con un margen de ventaja de 3,5 millones de votos sobre John Kerry. La terrible verdad, no obstante, es que la victoria republicana, si bien no abrumadora, fue sólida. En una nueva fase de la revolución política iniciada por Ronald Reagan en 1980, las elecciones de 2004 confirmaron que el centro de gravedad de la política norteamericana ya no se ubica en la centro-derecha sino en la extrema derecha, aunque sigue siendo cierto que la sociedad norteamericana está dividida y enfrentada de forma casi pareja. Pero es la derecha republicana la que ha logrado proporcionar una visión convincente a sus simpatizantes e implementar una estrategia que le permitió ganar poder en todos los niveles de la arena electoral,

en la sociedad civil y en los medios. Mientras que los liberales y los progresistas han actuado con indecisión, la derecha radical ha unido bajo una visión absolutamente simple a los diferentes componentes de su base electoral: el Sur y el Sudoeste, la mayoría de los varones blancos, las clases altas y medias que se beneficiaron con la revolución económica neoliberal, la América corporativa y los fundamentalistas cristianos. Esta visión, esencialmente subliminal, es la de un país que es debilitado en su interior por una alianza de liberales *pro-big government*, gays y lesbianas promiscuos e inmigrantes ilegales, y que es asediado desde fuera por hordas del Tercer Mundo llenas de odio y por europeos incapaces y celosos de la prosperidad y el poder de Norteamérica.

De hecho hay dos Norteaméricas, pero una está confundida y desorganizada mientras que la otra exuda una confianza y una arrogancia que sólo una estrategia y organización superiores pueden conferir. La derecha radical ha logrado, con su visión de un retorno a una comunidad imaginaria —un prístino pueblo pequeño, blanco y cristiano en los Estados Unidos de 1950—, construir lo que el pensador italiano Antonio Gramsci llamaba un “bloque hegemónico”. Y este bloque está preparado para continuar su reinado durante los próximos veinticinco años.

El futuro de la democracia, de los derechos económicos e individuales y de los derechos de las minorías parece hoy poco promisorio en EE.UU., pero es quizás sólo mediante esta segunda terapia de shock —habiendo sido la primera la victoria de Reagan en 1980— que la Norteamérica progresista finalmente se confrontará con lo que es necesario hacer para cambiar las cosas drásticamente: dar una batalla en la que todos tomen partido activo en la construcción de la hegemonía ideológica y organizacional, en la que no se debe ni esperar ni dar clemencia, y en la que ya no hay margen para permitirse el lujo de seguir cometiendo errores.

La crisis del Imperio

Pero mientras Estados Unidos marcha hacia la derecha, no logra arrastrar al resto del mundo consigo. De hecho, la mayor parte de este parece avanzar en dirección opuesta. Nada ilustró más esta situación que el hecho de que en la misma semana en que Bush fue reelecto, una coalición de partidos de izquierda llegó al poder en Uruguay; Hugo Chávez —el nuevo *némesis* de Washington en América Latina— arrasó en las elecciones estatales en Venezuela; y Hungría anunció que retiraba sus tropas de Irak. Si bien la derecha norteamericana está consolidando su apoyo internamente, no puede detener el debilitamiento de la hegemonía de Washington a nivel global.

“La principal causa de lo que hemos denominado la crisis de sobre-expansión del Imperio, o para decirlo de otra manera la creciente incongruencia entre los objetivos propuestos y los recursos disponibles resultado de la desmedida ambición imperial, es el masivo error de cálculo que implicó la invasión a Irak”

La principal causa de lo que hemos denominado la crisis de sobre-expansión del Imperio, o para decirlo de otra manera la creciente incongruencia entre los objetivos propuestos y los recursos disponibles resultado de la desmedida ambición imperial, es el masivo error de cálculo que implicó la invasión a Irak. Esta crisis probablemente continuará o, incluso, se acelerará en el segundo período de Bush. En este sentido las manifestaciones clave del dilema imperial sobresalen de manera sombría:

A pesar de las recientes elecciones en Afganistán patrocinadas por EE.UU., el gobierno de Karzai controla efectivamente sólo algunas partes de Kabul y dos o tres otras ciudades. Tal como señaló el secretario general de Naciones Unidas, Kofi Annan, a pesar de las elecciones, “sin instituciones estatales operativas capaces de atender las necesidades básicas de la población en todo el país, la autoridad y legitimidad del nuevo gobierno tendrá corta vida”. Y mientras este sea el caso, Afganistán tendrá inmovilizados a 13.500 miembros de las tropas norteamericanas asentados en dicho país y a 35 mil más como apoyo afuera del mismo.

La guerra de EE.UU. contra el terror ha tenido efectos completamente contraproducentes, tales que Al Qaeda y sus aliados son hoy mucho más fuertes que en 2001. En este sentido, el video preelección de Osama Bin Laden valió más que mil palabras. La invasión de Irak –de acuerdo a lo afirmado por Richard Clarke, el ex-zar anti-terrorista de Bush– hizo descarrilar a la guerra contra el terror y sirvió como el mejor dispositivo posible para estimular el reclutamiento de Al Qaeda. Pero aun antes de dicha invasión, los métodos de mano dura policial y militar impulsados por Washington para enfrentar al terrorismo ya estaban radicalizando a millones de musulmanes. Nada ilustra mejor este proceso que lo ocurrido en el Sur de Tailandia, donde los consejos anti-terroristas promovidos por EE.UU. ayudaron a convertir el descontento existente en insurgencia.

Por otra parte, con el pleno apoyo que le brindó a la estrategia de Ariel Sharon de sabotear la emergencia de un



© Foro Social Chileno

Estado Palestino, Washington ha perdido todo el capital político que había ganado entre los árabes al mediar en el ahora extinto Acuerdo de Oslo. Peor aún, esta estrategia norteamericana de apoyar a Sharon, sumada a la ocupación de Irak, ha dejado a las élites árabes aliadas de Washington expuestas, desacreditadas y en una situación de creciente vulnerabilidad.

La Alianza Atlántica está muerta, y en el período que vendrá los conflictos comerciales se combinarán con las diferencias políticas para separar aún más a EE.UU. y Europa. Es necesario recordar que Europa es clave para la sostenibilidad del imperio americano; tal como lo señala el escritor neoconservador Robert Kagan, "los americanos necesitarán la legitimidad que Europa puede proporcionarles, pero los europeos podrían no concedérsela".

Finalmente el movimiento hacia la izquierda de América Latina puede acelerarse. El triunfo de la coalición de izquierda en Uruguay es simplemente la última en una serie de victorias electorales para las fuerzas progresistas que prolonga las acontecidas en Venezuela, Argentina y Brasil. Junto con los giros electorales hacia la izquierda, podrían también volver a producirse en el futuro insurrecciones masivas tales como la acontecida en Bolivia en octubre de 2003. Refiriéndose a este giro hacia la izquierda y en dirección opuesta al imperio, uno de los amigos de EE.UU., el ex-Ministro de Relaciones

Exteriores mexicano Jorge Castaneda, evaluaba la situación con exactitud al señalar que “los amigos de América... están sintiendo el fuego de esta ira anti-americana. Se están viendo forzados a modificar su propia retórica y actitud con el objetivo de moderar su defensa de las políticas que son vistas como pro-americanas o inspiradas por EE.UU., y endurecer su resistencia a las demandas y deseos de Washington”.

Irak: el crisol de la resistencia global

Irak, por supuesto, es la principal fuente del debilitamiento del Imperio. La resistencia del pueblo iraquí no sólo ha frustrado la ocupación colonial del país por parte de EE.UU. sino que también, con igual importancia, ha mostrado a una nueva generación anti-imperialista en todo el mundo –para quienes la experiencia de Vietnam es historia antigua– que es posible resistir la iniciativa imperial, ponerla en un atolladero o eventualmente alcanzar la victoria.

Es improbable, sin embargo, que la administración Bush acuse recibo de ello en el corto plazo. Atacará la ciudad de Fallujah con la desesperada ilusión de que esto destruirá el centro operativo de la insurgencia. Fallujah, sin embargo, es un centro no operativo sino simbólico que ya ha jugado su rol, y su “caída” no detendrá la propagación y profundización de un movimiento de resistencia descentralizado por todo Irak. Más aún, los insurgentes de Fallujah probablemente se retiren luego de presentar batalla, cambiando, como en Samara, una defensa convencional por una táctica guerrillera que acose a las fuerzas armadas estadounidenses y sus mercenarios iraquíes.

Con cincuenta y cinco ciudades y pueblos ya clasificados como zonas a evitar para las tropas norteamericanas, la administración Bush pronto se dará cuenta de que recapturar y ocupar centros urbanos en masa simplemente no funcionará. Hoy hay aproximadamente 130 mil efectivos militares norteamericanos en Irak; para enfrentar y ahogar a las guerrillas serían necesarios al menos 500 mil dado el nivel de resistencia que existe actualmente allí. Eso no será posible excepto que Bush reinstaure el reclutamiento obligatorio, lo que seguramente provocaría un creciente desorden civil que amenazaría la actual hegemonía republicana.

La alternativa de Washington será retirarse y atrincherarse tras las bases super-fortificadas, pudiendo sólo salir periódicamente para hacer flamear su bandera. Mientras que esto significaría una derrota de hecho para EE.UU., también significará que la resistencia del pueblo iraquí no tendrá derecho legal al control territorial a partir del cual declarar la soberanía y comenzar el proceso de hacer surgir un gobierno verdaderamente nacional.

Los desafíos del Movimiento Global por la Paz

Apoyar los esfuerzos del pueblo iraquí en pos de crear el espacio soberano para erigir un gobierno nacional fruto de su elección sigue siendo una de las dos prioridades dominantes del movimiento global contra la guerra. La otra es poner fin a la ocupación israelí de Palestina y al atropello de los derechos del pueblo palestino. En un momento signado por la conjunción de una derecha resurgente en EE.UU. y una crisis continuada del imperio a nivel internacional, es necesario intentar dar respuestas respecto de cuáles son las alternativas que se le plantean al movimiento global actualmente para intentar alcanzar estos objetivos.

En primer lugar, el movimiento enfrenta el desafío de trascender su espontaneidad y llegar a un nuevo nivel de coordinación transfronteriza, que vaya más allá de sincronizar jornadas anuales de protesta en contra de la guerra. La masa crítica para incidir efectivamente en el resultado de la intervención militar no podrá alcanzarse sin una oleada de protestas globales similares a las que marcaron las movilizaciones en contra de la guerra de Vietnam de 1968 a 1972, que implicó poner a millones de personas en un estado constante de activismo. Este esfuerzo significaría además coordinar no sólo las demostraciones masivas sino también diferentes formas de desobediencia civil, trabajo sobre los medios a escala global, presión cotidiana sobre los funcionarios, y educación política. Sin embargo, esta más efectiva coordinación y profesionalización de la iniciativa contra la guerra no debería alcanzarse a expensas de los procesos participativos que han sido la marca registrada del movimiento global.

En segundo lugar, en relación a las tácticas se plantean la necesidad y el debate sobre el desarrollo de nuevas formas de protesta. En este sentido, las sanciones y los boicots son métodos que pueden ponerse en juego. En el Foro Social Mundial de Mumbai a principios de este año, Arundhati Roy sugirió empezar con una o dos firmas norteamericanas que se benefician directamente con la guerra, tales como Halliburton y Bechtel, y movilizarse para paralizar sus operaciones a nivel mundial. Es tiempo de tomar esta sugerencia seriamente, no sólo con respecto a las firmas americanas sino también con firmas y productos israelíes. Ello plantea necesariamente como desafío una elevación del nivel del activismo tal que haga posible una creciente desobediencia civil e interferencias no violentas al desarrollo habitual de los negocios. En relación a ello, el debate que está teniendo lugar en estos momentos en Gran Bretaña respecto de si es necesario impulsar las demostraciones pacíficas o, por el contrario, las iniciativas de desobediencia civil, no resulta ciertamente fructífero, en la medida que ambas son esenciales y deberían combinarse en formas innovadoras y efectivas. En EE.UU., el movimiento puede encontrar inspiración en la inmensamente poderosa tradición de desobediencia a la ley injusta que motivó a personas tales como los abolicionistas, Henry David Thoreau, los Cuáqueros y los



pictures © 2004 ::neonyme.photo [neo@null.net]

Hermanos Berrigan. Este tipo de resistencia, por cierto, podría ser la clave para detener no sólo el impulso imperial, sino también el apuro por restringir las libertades políticas y la democracia. Nunca más necesario que ahora, que la opción electoral está perdida, resistir el mandato imperial en forma no violenta invocando una ley superior.

En tercer lugar, está claro que Gran Bretaña e Italia —Gran Bretaña especialmente— resultan los principales apoyos de la política de guerra de Bush fuera de EE.UU., a los que este recurre constantemente para legitimar la aventura norteamericana. Por otra parte, lo que sucede en Italia, a su vez, afecta al proceso en Gran Bretaña. Ambos países tienen sólidas mayorías que se expresaron contra la guerra y que ahora afrontan el desafío de convertirse en una fuerza poderosa capaz de provocar interrupciones en la marcha de los negocios que impulsan estos países regidos por gobiernos cómplices con la guerra norteamericana. En el mismo sentido, en ambos países está consagrada la tradición de la huelga general que, combinada con iniciativas de desobediencia civil, podría aumentar significativamente los costos de apoyar a Washington. Al preguntárseles por qué las demostraciones del 20 de marzo de 2004 convocaron a una cantidad significativamente menor de gente que las de febrero de 2003, muchos activistas en Gran Bretaña e Italia respondían que la gente pensaba que sus acciones ya no servían para impedir la intervención militar en Irak. Esa sensación desmoralizante sólo podrá contrarrestarse



pictures © 2004 ::neonyme.photo [neo@null.net]

incrementando –y no disminuyendo– las propuestas y compromisos de la gente, promoviendo iniciativas de resistencia civil no violenta.

En cuarto lugar, con Medio Oriente como el campo de batalla estratégico para las próximas décadas, será esencial fortalecer los lazos entre el movimiento global por la paz y el mundo árabe. Los gobiernos de Medio Oriente son notoriamente indolentes cuando se trata de EE.UU., de

modo que, tal como en Europa, es el fortalecimiento de lazos de solidaridad entre movimientos civiles lo que debe constituir la principal fuerza impulsora de este esfuerzo. Este desafío plantea un paso tanto audaz como controvertido, dado que algunos de los más fuertes movimientos anti-norteamericanos en Medio Oriente han sido rotulados como “terroristas” o “simpatizantes de los terroristas” por EE.UU. y algunos gobiernos europeos. Para el movimiento resulta importante, en este sentido, no permitir que las definiciones impuestas por EE.UU. se interpongan en el camino de ver si existe una base a partir de la cual trabajar juntos. Del mismo modo, es crítico para el movimiento palestino y los movimientos de paz y anti-sionista israelíes ir más allá de los rótulos impuestos por los gobiernos y encontrar maneras de cooperar para dar fin a la ocupación israelí. La importancia de estos procesos reside en que tienen un modo de reunir a los movimientos a partir de posiciones políticas aparentemente irreconciliables. En este sentido, la Asamblea Anti-Guerra de Beirut que tuvo lugar a mediados de septiembre de 2004, con una fuerte representación del Movimiento Global por la Paz y movimientos sociales de todas partes del mundo árabe, fue un paso significativo en esta dirección.

Al ingresar en su segundo mandato la agenda de Bush sigue siendo la misma: dominación global. La respuesta es también la misma: resistencia global. Hay sólo una cosa que puede frustrar los oscuros propósitos del imperio en Irak, Palestina y en todo otro lugar: la solidaridad militante entre los pueblos del mundo. Tornar esa solidaridad real, poderosa, y en última instancia triunfante, es el desafío.